

triciado orgulloso que solo se ocupaban de la crápula y de los vicios, pudiendo asegurarse que el cristianismo se puso al frente de la civilización y no descuidó ramo alguno de ella, por lo cual en todos los elementos civilizadores su historia está asociada en términos que no pueden considerarse una sin la otra.

CAPITULO VI.

¿QUÉ DEBE LA SOCIEDAD A LOS MONACALES?

Hé aquí una pregunta que se viene haciendo hace muchos años, é interpretándose del modo mas siniestro, y á la que habremos de responder en nuestro escrito.

Los malvados que ven en los institutos religiosos el único, ó al menos uno de los mas poderosos obstáculos de sus iniquidades; los filósofos, según la moda que encontraron siempre en los regulares, un valladar inaccesible á sus doctrinas, un muro fortísimo donde se estrellaban sus maquiavélicos pensamientos, un arsenal provisto de armas y de arneses impasibles á sus ataques, y siempre dispuestas y bien afiladas para combatirlos en los antros ominosos de su malicia, fragua-

ron su perdicion, meditaron su ruina, juraron su esterminio; para conseguir tan depravado objeto establecieron su plan, y una vez acordados en él se aprestaron al combate, empezaron la batalla, la lucha se empeñó; pero con la astucia de la serpiente, sin presentarse al descubierto, entraron en la liza solapadamente, y la murmuracion y la maledicencia y el ridículo fueron sus armas, y el sarcasmo y el gracejo se esgrimió: á falta de razones se apeló á la argucia, se ponderaron los defectos que, siquiera en apariencia, se notaron; se interpretaron sus actos, los mas sencillos, como escesivamente criminales, y sus palabras, las mas inocentes, abultadas por la mentira, se presentaron á la execracion pública. Libros, folletos, conclusiones, conversaciones públicas y privadas, todo, todo se puso en juego, todo se utilizó para desconceptuarlos.

Los detractores de los regulares gritan como en otro tiempo los judíos contra el Salvador, y sus gritos, sus dicterios, sus calumnias corren de boca en boca, en las tertulias, en los paseos, en las ciudades y en los campos; en todas partes, á todas las almas llevan el veneno de su impostura; se les ataca en sus institutos, en sus votos, en sus personas; éste ridiculiza su traje, aquel gradúa su humildad de hipocresía; uno acusa sus votos de antisociales, otros su vida retirada y abstraída de holgazanería, y por último, en todos sentidos y

bajo todos aspectos se les tacha de vampiros de la nacion, enemigos del Estado, inútiles al mundo y á Dios, perniciosos en las casas que entran, codiciosos de lo ajeno, y como unos embaucadores de los sencillos, con la superchería siempre en sus labios, haciéndoles mucho favor el que solo se contenta con calificarlos de estúpidos, ilusos, groseros é ignorantes.

Tales son las acusaciones de que es y ha sido blanco el clero regular, tales son las ideas que nos aprestamos á combatir, tales las calumnias que vamos á rechazar. Las hemos referido en compendio, y de tantas obras, de tantos folletos, de tantos artículos periodísticos las hemos extractado, con toda la calma del hombre que sabe que el justo nació para padecer, porque dijo el Señor á sus discípulos, y en ellos al sacerdocio, y muy particularmente al regular: "El mundo se alegrará y vosotros lloraréis; os envío como una manada de corderos en medio de rapaces lobos;" pero esta calma la suministra el mismo Evangelio, la íntima conviccion en que estamos de que sus palabras se cumplirán, porque el mundo pasará, el tiempo volará, las estrellas caerán, los cielos y la tierra dejarán de ser, pero la palabra del Señor se cumplirá; jamas dejará de existir, y así nos anima la esperanza de una mejor vida, nos convence la fé de su existencia y la caridad nos asegura su posesion; con esta fé, con esta caridad, con esta es-

peranza, leemos ese libro precioso, y en él hallamos consignado que llegará un día en que la alegría del mundo se convertirá en llanto y las lágrimas del justo en una gloria sin fin; entonces, somos francos, créanlo ó no los impíos, atribúyanlo á lo que quieran y den la interpretacion que gusten á nuestras palabras, entonces se oprime nuestro corazon, nos olvidamos de los detractores para pensar en sus almas, en su porvenir, y sin quererlo, asoman á nuestro semblante las lágrimas, y respondemos á sus sarcasmos, á sus burlas, á su maledicencia, con palabras de caridad, con súplicas de perdon, con oraciones al Todopoderoso para que, iluminándolos con su gracia, les haga comprender el mal que hacen, conocer la verdad, publicar la reparacion, proclamar la inocencia de los oprimidos y reparar así, en lo posible, todo el mal que han hecho, único modo como podrán merecer el perdon; porque escrito está: "El que á su hermano dijese *Raca*, será reo del juicio, y el que le maldijese, será reo de la pena."

Cumple á nuestro propósito hacer una advertencia que nos disimularán nuestros lectores, y es que, como habrán podido observar, en nuestra obra seguimos los sucesos sin perderlos de vista; y como están nuestras razones sacadas de la historia, y á ella pertenecen los sucesos que nos suministran pruebas, y de los cuales nos valemos para esclarecer la verdad y hacer triunfar nuestra

causa y manifestar la inocencia del clero tan perseguido y calumniado; en el particular, que comprende este capítulo, solo hablaremos de los regulares hasta el pontificado de Gregorio el Grande, reservando ampliar y estender su apología á medida que el tiempo nos haga presentacion de los hechos, y al paso que continuando la obra se vaya desarrollando el pensamiento; pues convencidos de la necesidad de la lógica en todo, y de que en este particular, como en cuantos pertenecen á la inteligencia, la gradacion de ideas pide siempre que se guarde un órden riguroso, le guardaremos y procederemos en nuestra defensa con la cronología en la mano hasta donde pueda seguirse.

Hecha esta advertencia, vamos á entrar con alma serena y corazon tranquilo en la liza; y al traspasar las puertas del palenque no podemos menos que protestar, que de sus muros afuera quedan nuestro hábito de hijo de S. Francisco, aquel cordon con que nos adornamos, y aquella vilipendiada capilla que es nuestro mas ilustre blason, nuestra vanidad, nuestra gloria, y que despojados hasta del sacerdocio, que indignamente nos inviste, vamos á juzgar los hechos con la imparcialidad de la historia, vamos á comentarlos con la rígida indiferencia del narrador filósofo, y vamos á reflexionar sobre ellos con la calma del estoico; y como si á ellos fuéramos absolutamente

estrafios, deseando que cualquiera inexactitud que cometamos, en cualquiera falta que incurramos, se nos advierta para enmendarla, si es justa, y retractarla si es parcial, puesto que al censurar á los injustos, á los detractores, á los calumniadores, todo queremos menos imitarlos en la injusticia, en la detraction ni en la calumnia; verdad y justicia proclamamos; verdad y justicia queremos; ellas son nuestra divisa, la bandera que hemos abrazado, la causa que defendemos, y no permitirá el Señor, verdad y justicia eterna é infinita, que rompamos nuestros juramentos, apostatemos de nuestras banderas ni rasguemos nuestra divisa proclamando hoy este lema con los labios para romperle mañana con las obras.

Hecho ya nuestro anuncio, con esta salvedad y con la mano sobre el corazon protestando la sinceridad de nuestros propósitos, la rectitud de nuestras miras, tiempo es de que abordemos la cuestion y entremos en materia; y por lo mismo, dejando ya á un lado las salvedades y las protestas, convencidos del poco fruto que sacaremos con ellas, de nuestros enemigos que las despreciarán como residuos frailecos de aquellos claustros de donde nos arrojaron y donde fuimos educados, ó las atribuyan á palabrería, á hipocresía, á fingida humildad, quizá á un medio de seduccion para los incautos ó para atraer las almas débiles, los espíritus apocados, los fanáticos, en fin, ó no las ve-

rán como inacreedoras á fijar la vista de esos espíritus fuertes, de esas almas elevadas, de esos talentos insignes que despiden tanta luz en el mundo, que á fuerza de brillar deslumbran, y á fuerza de hablar consiguen que nadie los entienda, y á quienes por lo tosco y mal pergeñado no podrá, no deberá agradar nuestro escrito con toda la amargura de la verdad, y sin ninguna de las flores de la adulacion, ni poesía alguna de la mentida ilustracion de nuestro siglo, de este siglo llamado por antonomasia ilustrado, y en donde pululan vicios y desórdenes, inmoralidad y corrupcion, indignas de los mas fieros salvajes.

Tiempo es ya de entrar en materia y de abrir la discusion. Este capítulo comprenderá el retrato de los regulares hasta el pontificado de Gregorio Magno. En el capítulo sétimo del tomo 1º, hemos anotado el origen de esta utilísima institucion; en éste continuaremos los servicios que ha prestado á la sociedad; en aquel hicimos ver las clases en que se dividian, y su organizacion en éste; los presentaremos ya formando parte del clero y perfectamente organizados; allí presentamos el siglo y sus vicios, y de aquí dedujimos la causa, porque apartándose de él almas privilegiadas, espíritus sencillos, buscaron en la soledad del desierto, en el silencio de las celdas, un abrigo contra tan desenfrenado huracan; aquí dejamos anotada la corrupcion que todo lo invade, y en ella paten-

tizado el por qué los seres puros buscaron en los claustros el puerto de refugio, el áncora de salvacion; allí hemos visto los ascetas, los cenovitas, los ermitaños unidos en el desierto para servir á Dios, pero sin una regla aprobada; aquí vamos á contemplarlos en los claustros viviendo sometidos á un régimen, á un método de vida uniforme con todos los elementos de una corporacion bien y legalmente constituida; así demostraremos que los monjes no son estacionarios y que sus institutos han caminado progresivamente en la vía de las reformas, segun las necesidades y los adelantos del siglo lo han requerido, y que amortiguado el espíritu con la situacion sedentaria, almas fuertes y privilegiadas, que el siglo no podia comprender, acudieron á su remedio por medio de nuevas reformas, llevando la humanidad á su camino de progreso. Y tanto mas ostensible se hará esta verdad cuando en los capítulos que nos quedan que esplanar, veamos los vicios de los siglos y su corrupcion, marcar nuevas necesidades espirituales y suscitarse esos hombres eminentemente heroicos y progresivos, acudiendo á remediar el mal con la creacion de nuevos institutos en armonía con las necesidades de su época; y al trazar estos cuadros veremos si los apóstoles del progreso de las ideas han hecho tanto en su obsequio y de la humanidad como los monjes viciosos y los frailes holgazanes; entonces quisiéramos que con toda

franqueza nos manifestasen lo que su corazon sentia, y estamos seguros que si la vergüenza no coloraba sus mejillas, el despecho haria tartamudear sus lenguas, y el furor ahogaria sus palabras, ó si la gracia los ilumina y sus almas no desprecian su luz, veriamos el dia de la reparacion por una franca manifestacion de la verdad en la proclamacion de la inocencia.

Estamos en el siglo V. Los bárbaros tienen turbada la paz del imperio, ocupadas sus mas ricas provincias y en una agitacion continua, en una fluctuacion mortal las que no ocupan, el estruendo de las armas ha precipitado la iniquidad del vicio á los desenfrenos que tienen su trono en la ciudad de los Césares; á la maldad que ha fijado su residencia en los vastos dominios que rigió su cetro, hay que aumentar los vicios, los desenfrenos, las maldades que trae consigo la guerra y el derecho de conquista: en medio, pues, de este campo, la virtud parece como que se esconde y no quiere ser vista por unos hombres que la hostilizan, por una sociedad que la reprendia y la proscribía y arroja de su seno. El imperio de las tinieblas parece ha llegado y el dia de la justicia del Señor cumplido. Toda la humanidad sufre, y en medio de este cataclismo social, parece llega la Europa á un total desquiciamiento. ¿Quién se salvará del naufragio general? Hé aquí la pregunta que todos se dirigen. Este es el único pensamien-

to que ocupa á los hombres reflexivos, y sus ojos espantados giran en sus órbitas con la rapidez de la inquietud, y sus manos trémulas de miedo se estienden por todas partes, y sus piés, sin saber cómo ni por qué, huyendo del peligro se encaminan á la soledad y se refugian en ella como en un inespugnable baluarte, y cesa su inquietud y su temor se mitiga y sus cuerpos reposan; y como despues de una larga navegacion grita el marinero: ¡Tierra! ¡Oh! el pueblo de Israel, al divisar la de promision, entona el himno de alabanzas al Señor; encontrando el bien se regocija y bendice al Eterno que allí le guiara. ¿Y por qué no proporcionarle á los demas? Este es su anhelo. Este es el monje espantado de los vicios del siglo: busca el reposo de la soledad para engolfarse en su poético silencio y ser útil á los demas.

Tal vez parecerá el cuadro que acabamos de trazar descompuesto, quizá poético; lo primero lo admitimos, lo segundo lo rechazamos, no porque nos disguste la poesía, sino porque sabemos que suele ser exagerada y nosotros creemos no haber completado el colorido ni menos haber hecho una fiel pintura del estado del mundo que reseñamos: mas como quiera que baste á nuestro intento haberla solo presentado en relieve, y que solo nos proponemos dar de él la idea suficiente á fundar nuestro aserto, estamos contentos si lo hemos conseguido y no apetecemos mas; pero si al-

guno no nos cree ó nos presume exagerados, puede por sí mismo convencerse con solo ver la historia y en ella los vicios que precipitaron la caída del imperio romano y las violencias de la agresion de los bárbaros, y por muy duro de corazón que sea, por mucho estoicismo que tenga, estamos seguros que se estremecerá y confesará que anduvimos demasiado parcos en nuestra descripcion y aun mezquinos y pobres; así, pues, vamos á anudar nuestro relato y á continuar nuestra tarea.

En una sociedad cual acabamos de trazar que yacia víctima de la ociosidad, de la corrupcion y de los males de toda especie, muchas personas por huir de ella, por buscar un asilo á tanto desman, se sentian inclinados á la vida monástica; almas llenas de robustez y vigor, no podian acomodarse á vivir en un mundo raquítico y enfermizo entregado al marasmo de la inaccion y que en nada ocupaba su actividad; un mundo todo superfluidad donde nada útil ni provechoso se tenia, donde la vagancia y el ocio estaban santificados, cuadraba mal á genios privilegiados, llenos de vida que necesitan como su elemento, como su ser mismo, las ocupaciones, las tareas y el trabajo; todo lo que no fuera esto repugnaba á su razon, se oponia á su creencia, y multiplicaba sus padecimientos. Los infortunios necesitan un asilo, las imaginaciones fogosas un refugio, las almas extraordinarias algo que llene su actividad, y por

esto son necesarios los conventos, por mas que asusten en nuestros dias á los *libres fautores de la tiranía*. Tal fué su origen.

Hombres cansados de pasiones, animados respecto de Dios y de sus prójimos de un amor que les hacia desprenderse de sí mismos, almas melancólicas que hallaban su recreo en una admiracion tranquila de la verdad y corrian en pos de la hermosura de una virtud que el mundo ultrajaba, de una abstinencia que los corrompidos insultan, y de un género de vida que su siglo desdennaba, se retiraban al desierto ó al claustro por ver si al melancólico sonido del céfiro que mueve las copas de los árboles, ó entre las paredes del convento que resuenan con los cánticos propiciatorios del Dios de Abraham entre los suspiros de la penitencia y los afectos de la oracion, podian encontrar algo estable en la agitacion universal, el completo olvido del mundo, ó el valor de tornar á él para dedicarse á curar sus males, cerrar sus llagas y á desterrar sus errores.

El Oriente veia cómo continuaban en sus comarcas aquellos prodigios de mortificacion, veíase pulular en los desiertos aquellos hombres severos de costumbres rígidas, de virtud probada, almas fuertes, que se amaestaban en los combates de la penitencia y se hacian héroes del cristianismo, almas que el Señor suscita entre la corrupcion del siglo para admiracion de sus hermanos, para ejem-

plo de los vivos, para modelo de los que suceden. Entre estos seres privilegiados, cuyas vidas hoy nos sorprenden, unos se dedicaban á la salmodia, invirtiendo el dia y la noche en cantar las alabanzas del Señor entonando alternativamente los salmos, y se llamaban *acemáticos*, esto es, no durmientes; en Persia los hubo que guardaban una grande abstinencia y tal que disputaban su alimento á las fieras; jamas en sus celdas se encontraban provisiones, la Providencia y los campos proveian á su sustento. Macario de Alejandría permanecia toda la cuaresma en pié, manteniéndose solo con unas cuantas hojas que comia los domingos, otros no pronunciaban ni una sola palabra hasta la hora de su muerte; mártires del silencio, del sueño, del alimento, sacrificaban á Dios todas sus pasiones, y por medio de estas penitencias, de estas austeridades, de estas mortificaciones, domaban la ley de su carne, el espíritu de rebelion contra el Señor y su ley santa, que introdujo el pecado en el mundo y que veia el Apóstol entre las austeridades y trabajos de su vida, rebelde aún y queriendo oponerse á la ley de Dios.

Los mundanos, los corrompidos, los filósofos al leer estos hechos, ó los dudan ó los desprecian, jamas alaban ni bendicen á Dios que en tiempos tan calamitosos y depravados, suscita sus santos para ejemplo del mundo, y si acaso se ocupan de esta lectura no escita su admiracion, y lo mas que